

—¿Y cómo?

—Muy fácilmente, yo sé que esta casa tiene una puerta que da á la acequia.

—Es verdad.

—Por ahí podria entrar un amante á quien tú de veras quisieras de todo corazon.

—Alma mia, no se puede.

—Porque tú no quieres, ingrata.

—No por eso, luz de mis ojos; no por eso, no me culpes yo soy capaz de hacer por tí cuanto hay, pero esa puerta tiene llave y esa llave la guarda mi padre.

—Yo no te pido imposibles, saca con cera la forma de la cerradura, dame ese molde y yo te traeré la llave.

—Lo haré; verás como no tienes razon de quejarte.

—¿Y cuándo?

—Mañana mismo.

—Ahora sí creo que me amas; adios.

—Hasta mañana; no faltes.

—No, adios.

IV.

De lo que pasó en México el viérnes 21 de Mayo de 1683, y de cómo los franceses pusieron en movimiento á toda la ciudad.

EN una de las calles del Reloj habia por aquella época una casa que sin ser muy notable por la grandeza y elegancia de su arquitectura, llamaba la atencion por la limpieza y cuidado que desde la fachada podia notarse.

En aquella casa vivia D. Lope de Montemayor, hombre acaudalado, personaje distinguido y uno de los mejicanos mas nobles y mas considerados en la ciudad.

D. Lope vivia solo; sus padres habian muerto hacia algunos años, dejándolo como hijo único, dueño de una gran fortuna.

Montemayor tendria treinta y cinco años, revelaba vigor y juventud en su aspecto, no mas que sus amigos habian notado que en los últimos años su carácter habia cambiado, y en vez de buscar como antes la compañía y las diversiones, pasaba los dias encerrado en su estancia leyendo ó daba largos paseos á caballo por los alrededores de la ciudad.

Se creyó que alguna pasión oculta motivaba aquel cambio, pero como no se pudo averiguar nada; pronto los ociosos dejaron de ocuparse de su persona.

En la mañana del día 21 de Mayo de 1683, D. Lope conversaba en uno de los aposentos de su casa con un eclesiástico.

Era éste un hombre ya de avanzada edad, y desde luego se conocía que era un amigo de mucha confianza en aquella casa.

—Creo que no debe hacerse nada por ahora—decía D. Lope—hasta que llegue á esta corte el marqués de San Vicente.

—No estoy conforme con vuesa merced—contestó el padre—la llegada del marqués puede infundir serias alarmas en la audiencia y ponernos muy grandes dificultades; los oidores no son de nuestro partido y quizá trastornen nuestros planes.

—Desearia oír en esto la importante opinion de D. Gonzalo de Casaus, que debe llegar dentro de un momento.

—Y verá vuesa merced como es de mi misma opinion.

En este instante llamaron á la puerta y D. Lope se adelantó á abrir.

Un viejo, vestido de terciopelo negro, con espadín al cinto y capa corta, se presentó en la estancia haciendo un saludo halagüeño.

—Bienvenido sea el señor D. Gonzalo de Casaus, caballero y familiar del Santo Oficio—dijo el padre—que en estos momentos le necesitamos con urgencia.

—Mandarme puede el reverendo padre Lozada: ¿en qué puedo servir?

—Trátase solo de nombrar á vuesa merced—dijo el pa-

dre Lozada—juez en una cuestion, en la que la juventud aconsejaba la calma, y la vejez predicaba el arrojó.

—Escucharé á vuestas mercedes para fallar—dijo D. Gonzalo sentándose.

—Es el caso—continuó el padre—que como vuesa merced sabe, nuestros trabajos están muy adelantados; contamos con dinero, con armas, con muchos y buenos partidarios; los navíos franceses y holandeses con buena jente de desembarco están ya á inmediaciones de la Veracruz; D. Lope ha recibido carta de la reina nuestra señora D^a Ana de Austria, en que culpa nuestra negligencia; creo que es llegado el momento de dar el grito, sin esperar la llegada del señor marqués de San Vicente, que segun sabe vuesa merced viene en comision de Su Majestad la reina.

—Y yo opino—dijo D. Lope—que preciso se hace esperar al marqués, porque él debe decirnos si la nao de Filipinas debe traer á Nueva-España á D. Fernando de Valenzuela ó si él viene en algun otro navío.

—En efecto—replicó D. Gonzalo—prudente seria esperar la llegada del marqués, para ver lo que dice S. M. D^a María Ana de Austria.

—Y entre tanto—contestó D. Lope—puede descubrirse algo.

—¿No está de acuerdo, el virey?—preguntó D. Gonzalo.

—Sí que lo está, segun me escribe el marqués de San Vicente—contestó el padre—pero la audiencia pudiera muy bien causar un trastorno y dar con el mismo virey en tierra, que desde el tumulto contra el virey marqués de Gelves, la audiencia se cree mas que el virey mismo.

—Tiene razon vuestra merced, y opino—dijo D. Gon-

zalo—que si es posible esta misma noche se haga todo: ¿está todo listo?

—Sí—dijo D. Lope—y si lo creéis prudente se hará, que solo falta avisar el día y hablar á D. Guillen, que cuenta con mucha jente de armas.

—Pues no perdais el tiempo, porque un accidente cualquiera puede causar un trastorno—replicó D. Gonzalo.

—Previendo eso he enviado á decir á D. Guillen que le aguardo aquí—contestó el padre Lozada—y no tardará: esta noche debe darse el golpe, procediéndose ante todo á la prision de los oidores: en las provincias nos secundarán luego, porque tenemos por todas partes amigos y partidarios: el virey, segun lo que S. M. D^a María Ana de Austria nos dice, debe ayudarnos y continuar en el gobierno mientras llega el Sr. D. Fernando de Valenzuela, que tomará la rejencia del reino hasta que venga S. M.

—Entretanto mi único temor es que lleguen tropas de España—dijo D. Gonzalo.

—Ese caso está previsto, porque las naves francesas enviadas por la reina custodiarán la entrada del puerto y no entrarán las de España.

—Perfectamente: yo fundo mi esperanza en que los agentes de S. M. han trabajado con tezon, y que el dinero no falta hasta hoy—dijo D. Gonzalo.

—Ni faltará—agregó D. Lope.

Un lacayo anunció á este tiempo que un caballero deseaba hablar con el padre Lozada.

—Voy con permiso de vuestras mercedes—dijo el padre, y salió de la estancia.

En la antesala esperaba un personaje conocido ya, era el Señorito.

El padre Lozada saludó, y el recién llegado contestó ceremoniosamente.

—Supongo—le dijo el padre—que sabreis el objeto con que os he hecho llamar.

—Sí, señor.

—Bien, pues se trata de dar esta noche el grito, “México por D^a María Ana de Austria.”

—De todo estoy informado.

—Y para eso se hace necesario contar con el mayor número posible de jente, y tengo noticia de que vos teneis mucho ascendiente en la plebe.

—Un tanto, padre.

—¿Y podemos contar con vos?

—Creo que habrán dicho á vuestra merced que sí, que puede contarse conmigo á vida y muerte.

—¿Entonces, estais listo?

—Listo.

—¿Qué os falta?

—Dinero.

—Esta tarde le tendreis; ocurrid al Colejio de San Gregorio y preguntad por el padre procurador.

—¿Es vuestra merced?

—Sí.

—Pues no faltará: adios.

Separóse D. Guillen y el padre Lozada volvió á entrar á donde le esperaban D. Lope y su compañero.

—La suerte está echada—esclamó luego que estuvo dentro—esta noche.

—Si Dios lo permite—interrumpió D. Lope.

En este momento subió de la calle un rumor sordo como el que produce el mar encrespado.

—Algo extraño pasa en la calle—esclamó el padre lanzándose al balcon.

—En efecto—dijo D. Lope siguiéndole.

La calle del Reloj presentaba un aspecto extraño.

De la plaza mayor venia una gran multitud de jente, que hablaba, que gritaba, que corria, que se detenia, que ondulaba.

Hombres, mujeres, muchachos, todos parecian ajitados, todos se daban, al parecer, noticias unos á los otros de algun grave acontecimiento: solo vagamente se podia apercebir en medio de aquella confusion, que la multitud repetia:

—Los franceses! los franceses!

—Esto es grave—dijo D. Lope—preciso será salir para averiguar lo que todo esto significa.

—Mala idea me da; que me ha parecido que hablaban de franceses.

—Quizá háyase descubierto alguna cosa.

—No hay que perder tiempo.

—Vamos á ver.

Y sin ninguna clase de ceremonia, los tres tomaron sus sombreros y se salieron á la calle.

He aquí la causa de aquel repentino tumulto.

D. Tomás Antonio Manrique de la Cerda, marqués de la Laguna y virey entonces de la Nueva España, acababa de recibir tres correos que le anunciaban que los corsarios franceses é ingleses habian desembarcado en Veracruz la Vieja y se dirijian á la Nueva Veracruz.

La noticia de aquel acontecimiento se difundió en la ciudad como por encanto, y el terror se apoderó de todos sus habitantes.

El solo nombre de los piratas infundia pavor á muy largas distancias.

Las hazañas de aquellos hombres resonaban por todas partes, y hacia ya algunos años que ni la España ni las Indias, como se llamaban entonces las colonias españolas, tenian seguro su comercio en el golfo de México.

Lelonois, Pierre le Grand, Mansvelt, Juan Morgan, Juan Darien, y en aquellos momentos el inglés Nicolás Agramont, y el mulato Lorencillo, como jefes de los piratas habian sembrado el horror y la desolacion en todas las costas.

La historia de la toma de la Isla de la Tortuga, Puerto-Principe, de Porto-Belo, de Maracaibo y de otra multitud de ciudades y plazas de las islas y tierra firme, era sabida ya por todos.

Los piratas se consideraban como demonios para quienes la distancia, el tiempo y la resistencia eran inútiles.

De aquí aquel grande alboroto: todos creian que en pos de los correos llegaban los enemigos: la alarma cundió en el mercado, y todos los que allí estaban echaron á huir figurándose ya que los piratas entraban por las garitas de la ciudad.